

Nil y el fantasma que asustaba las hojas

La noche de Halloween, Nil salió a la calle con una capa verde y una linterna en forma de luna. Las casas lucían calabazas, telarañas de algodón y murciélagos de cartulina. Cuando llegó a la plaza, vio algo curioso: las hojas se levantaban solas y corrían en círculos.

—¡Buuu! —sonó una vocecita.

Detrás de la fuente apareció un fantasma pequeño y transparente. Se llamaba Bruc. Había practicado toda la semana para dar un gran susto, pero sólo conseguía asustar a las hojas. Los gatos le miraban sin inmutarse, las farolas no parpadeaban y los niños pensaban que era una decoración.

—Soy el peor fantasma del mundo —suspiró.

Nil se sentó a su lado.

—Quizás todavía no has descubierto para qué sirve tu poder.

De repente, un fuerte viento esparció una montaña de hojas por la entrada de la plaza. Las ruedas de una silla de ruedas quedaron atascadas y los músicos no podían hacer pasar los instrumentos. La fiesta estaba a punto de empezar.

Nil tuvo una idea. Pidió a Bruc que hiciera su mejor buuu. El fantasma respiró hondo y gritó con todas sus fuerzas. Las hojas saltaron, formaron una espiral y se apartaron hasta dibujar un camino limpio. Después, siguiendo los gestos de Nil, Bruc las convirtió en un dragón naranja, un barco amarillo y una enorme mariposa roja.

La gente aplaudió. Bruc, sorprendido, dio una vuelta al aire y creó una lluvia de hojas que no tocaba a nadie, pero brillaba bajo las farolas.

—No asusto mucho —dijo—, pero sé hacer bailar al otoño.

Esa noche, el fantasma dirigió la primera Danza de las Hojas del pueblo. Nil marcaba el ritmo con la linterna y los niños seguían las figuras que aparecían en el suelo.

Cuando la fiesta terminó, Bruc ya no quería ser como los fantasmas de los libros. Había encontrado una forma propia de hacer magia. Y cada Halloween volvía a la plaza, no para dar miedo, sino para recordar a todo el mundo que un talento puede parecer pequeño hasta que encuentra el sitio donde hace falta.